



Transiciones

VÍCTOR ALEJANDRO ESPINOZA

victorae@colef.mx

Y ahora con ustedes...

Se ha vuelto lugar común el afirmar que como México no hay dos; que somos irrepetibles, originales y con una creatividad fuera de dudas. Un buen ejemplo de esa versatilidad no las ha dado –históricamente– nuestra clase política. Somos capaces de resolver cualquier problema –por más difícil que se presente– con un buen discurso. Por eso nuestros políticos más que formación en ciencias políticas –como lo hacen en otros países– se han inclinado por los cursos de oratoria. No hay problema que se resista a una fuerte dosis de retórica.

Es muy probable que en el origen de la desafección ciudadana por los asuntos públicos se encuentre la forma como la clase política mexicana explicó y brindó soluciones a los problemas nacionales. Para la inmensa mayoría de los mexicanos la política es un ámbito demagógico por excelencia. Es el espacio de la “tenebra” y la “transa”. El problema es que con el advenimiento de la democracia muchas de las viejas prácticas siguen vigentes –y tan campantes–. Lo que ahora tenemos es mayor transparencia de la forma como se lucra privadamente desde el poder, pero no se erradican las prácticas de corrupción y enriquecimiento privado. Mientras no haya un cambio drástico en las formas y modos de

la clase política, la ciudadanía seguirá viviendo en el escepticismo.

En los años setenta el Gobierno mexicano se empeñó en negar que la economía mexicana estuviera entrando en una peligrosa crisis económica. Se trataba de una palabra maldita confinada a los reductos académicos. La crisis estaba proscrita del discurso gubernamental. Con la quiebra del modelo de sustitución de importaciones a mediados de la década de los setenta, que se materializó en la devaluación del peso, fue insostenible el discurso de que en México todo marchaba de maravilla. La crisis fue entonces el concepto predilecto para explicar todos los males. La clase política hizo suyo el discurso y buscó en “los enanos del tapanco”, primero, y en “los emisarios del pasado”, después, a los culpables de los desequilibrios económicos y sociales. Hacia finales de la década de los ochenta nos llegó otra estrella rutilante: el Tratado de Libre Comercio de América del Norte (Tlcan). Se organizaron simposios, se otorgaron becas, se escribieron tesis de doctorado; los especialistas andaban de manteles largos porque además anunciaban la entrada de México al primer mundo (en el lenguaje de hoy: Por fin seríamos un país de clase mundial).

Hacia finales de los noventa hicimos nuestro el discurso del “Desarrollo sustentable”. Vivir fuera de la “sustentabilidad” era vivir en el error. En adelante todo sería sustentable: ambiente, desarrollo, economía, salud. Nos volvimos modernos y los gobernantes decidieron sembrar arbolitos y tomarse la foto reciclando.

Las aguas serían desalinizadas y se buscarían fuentes alternas de energía. Otra vez la llave al primer mundo y el acceso a los “grants” para financiar cualquier proyecto con el adjetivo “sustentable”. Había que pensar en grande, en el futuro. Los problemas domésticos y de la vida cotidiana se solucionarían con una buena planta de tratamiento de aguas negras.

Cuando se desgastaba la sustentabilidad, Al Gore nos descubrió el calentamiento global. Todos a apagar los focos, a exiliar a los aerosoles, poner caras largas cuando nos señalaban la catástrofe. Lo interesante de estos macrodiscursos es que en el papel igualan a todas las clases sociales. Todos somos culpables: Quienes encienden un cigarrillo son tan responsables como las grandes empresas que contaminan los mares. No hay vía más efectiva para la democratización de las culpabilidades que estos metarrelatos.

Hoy llegó la crisis alimentaria. Todo pasa a segundo plano. Durante tres años no habrá otro problema más acuciante para los mexicanos. Tenemos que tomar medidas urgentes porque si no nos pareceremos a quienes padecen hambrunas –y dictaduras– en varios países del mundo. Pero nosotros no llegaremos a eso porque sabemos echarle ganas y pelearemos hombro con hombro para salir adelante. No debemos fijarnos en pequeñeces como las desigualdades económicas y sociales. Las grandes firmas harán un sacrificio y no subirán los precios. Los incrédulos no merecen vivir en el presupuesto.

El autor es investigador de El Colegio de la Frontera Norte.